

no tuviéseis fuerza bastante para conseguirlo. Hé aquí en breves palabras nuestra actitud de hoy. No podemos ser más explícitos. No debeis exigirnos otras declaraciones.

“Lo que haremos *mañana* no ha de ser el resultado de un mero capricho, ni de una impremeditada ligereza. Aguardamos con impaciencia actos políticos para adoptar resoluciones políticas.”

## II.

Los actos políticos del Gobierno continuaron siendo los que correspondian á sus promesas ; pero debia cumplirse cierto pronóstico, de que el Ministerio unionista escucharia un *más* interminable á cada concesion que hiciera á las exigencias revolucionarias, como el Ministerio que acababa de hundirse no pudo nunca satisfacer el insaciable *más* de las exigencias reaccionarias.

La autorizacion para plantear la reforma electoral fué aprobada en el Congreso por 171 votos contra 27, con la particularidad nunca vista de contarse entre estos últimos el del Presidente. A muchos escandalizó el resultado, viendo á la misma mayoría, que quince dias antes apoyaba á Narvaez y Gonzalez Brabo, postrada á los piés de O'Donnell. Para algunos de aquellos diputados era esto un acto de abnegacion y patriotismo ; pero como los más podian haber obedecido á miras interesadas, la prensa unionista se apresuró á considerarlos como tráfugas, rechazando la suposicion de que pudieran caber en su partido y ser honrados por él.

No faltaba, sin embargo, quien explicase la evolucion de los moderados del Congreso por la ausencia ó el desprestigio de sus jefes, atendiendo á que el general Narvaez se habia retirado á Loja, y que Gonzalez Brabo era silbado, al presentarse en la Plaza de toros, de donde tuvo que salir para evitar que se cometieran en su persona excesos mayores.

Tambien el Senado aprobó la reforma electoral por 115 votos contra 16, y en seguida se declaró por el Gobierno cerrada la legislatura.

De vez en cuando aparecian en el diario oficial disposiciones reparadoras, en medio de un diluvio de cesantías, nombramientos y cambios en todo el personal político y administrativo : anuláronse los empleos dados con infraccion de la ley de

presupuestos, y un gran número de cargos y ascensos militares, conferidos á última hora por el Ministerio anterior: devolviéronse sus cátedras á los profesores separados ó dimisionarios, y se cambió el Rector de la Universidad central, designándose al señor Montalvan para desempeñar la Direccion de Instruccion pública: dióse un reglamento para establecer el Jurado en materias de imprenta, si bien no llegó á tener aplicacion, y se emprendieron las negociaciones para llevar á cabo el reconocimiento del reino de Italia.

El Gobierno marchaba, sin embargo, con lentitud; estaba como paralizado, y era evidente que encontraba grandes obstáculos en su camino. Los periódicos liberales no cesaban de echarle en cara sus vacilaciones y el incumplimiento de sus promesas: pedian que la Guardia veterana fuese disuelta, ó por lo menos reorganizada; que se abriese una informacion sobre las ocurrencias del 10 de Abril, á fin de exigir la responsabilidad á los ministros y demás autoridades que en ellos intervinieron; clamaban por la desamortizacion eclesiástica, y por el extrañamiento de las personas á quienes se atribuian influencias extralegales en la Corte; y, en fin, exigian que se adoptase una resolucion respecto á la anómala y á todas luces inconveniente organizacion del Senado. Satisfízose en parte á estas exigencias; pero no de modo que pudiera acallarse el clamor de las oposiciones radicales. Apartada fué Sor Patrocinio de las inmediaciones de Palacio, y hasta se habló de su próximo viaje á Roma ó á Francia, sin que se realizaran estos anuncios.

Mayores resistencias tenia que vencer el Gabinete, y pronto se vió en el caso de aceptar la batalla que con grandes bríos y no escasa fuerza de autoridad le presentó el clero. Hízose pública una exposicion á la Reina del cardenal Puente, arzobispo de Búrgos, ayo y confesor del Principe de Astúrias, pidiendo en términos muy notables que no se reconociera el reino de Italia, y siguieron á ella inmediatamente otras muchas de casi todos los arzobispos y obispos, algunos de los cuales dirigian al Gobierno durísimas calificaciones: predicábase en las iglesias, exhortando á los fieles á protestar contra aquel acto diplomático, realizado ya por casi todas las potencias, incluso las católicas, y exigido por la corte de las Tullerías como una condicion para negociar la independendia de Roma á favor del Papa<sup>1</sup>. La oposicion

<sup>1</sup> A *La Epoca* le escribian de París:

«Sabemos aquí de un modo evidente, que las negociaciones diplomáticas entre Madrid y Florencia están terminadas... Desde hace tiempo se viene reconociendo la necesidad imperiosa de salir de la situacion anómala en que se halla España respecto de Italia. Ya el gabinete Miraflores-Concha manifestó su propósito de abordar esta cuestion, empezando por suprimir la representacion cerca del Rey de las Dos-Sicilias. El ministerio Narvaez hizo conocer á las principales potencias católicas

clerical adquirió en breve el carácter de una verdadera cruzada, y los periódicos absolutistas incitaban abiertamente á la rebelion á cuantos pensasen como ellos.

El Gobierno resolvió hacer de este asunto cuestion de gabinete, y todo el Ministerio se trasladó á la Granja, donde á la sazón se hallaba la Corte, y donde el día 14 de Julio se celebró un largo Consejo de ministros, presidido por la Reina. En Madrid habia verdadera ansiedad por saber el resultado; el telégrafo comunicaba por momentos las peripecias de aquella crisis, y *La Política* publicó aquel mismo día una *última hora*, concebida, en estos términos:

«¡Victoria en toda la línea! Las ideas liberales están de enhorabuena. En los Consejos de la Corona, en el Gobierno español, prevalece al fin el espíritu moderno. El período *positivo* (que así puede denominarse) de la Union liberal corresponde plenamente á los compromisos que contrajo en la oposicion. Felicitamos á la patria, á la Reina y á nuestro partido por la solucion que han tenido las complicaciones para estorbar el reconocimiento de Italia.—Este reconocimiento, que envuelve y simboliza toda la política liberal del gabinete O'Donnell, es ya un hecho.—El señor Ulloa ha sido nombrado embajador en Florencia.—El señor cardenal arzobispo de Búrgos ha sido relevado del cargo de ayo del Príncipe de Asturias.»

Bajo el mismo epígrafe de *Última hora* publicaba tambien *La Correspondencia* un parte telegráfico de San Ildefonso, en el cual se confirmaban las noticias de los demás periódicos unionistas, diciendo que habia completísimo acuerdo en todas las cuestiones entre la Reina y el Ministerio. Anunciábase además, que estaba acordada en principio la disolucion de las Cortes; que habian sido sancionadas, y se publicarían inmediatamente, la ley electoral y la modificacion de la de imprenta; que la exposicion del Obispo de Tarazona pasaria al Consejo de Estado, para los

su deseo de un concierto entre ellas, que garantizase las ventajas del tratado de Setiembre á favor de la independencia de Roma, con lo cual coincidiría el reanudamiento de nuestras relaciones diplomáticas con el reino itálico. La embajada española aquí seguía, no sin éxito, esta negociacion importantísima. El Emperador daba tal importancia á la adhesion de España que le permitía redoblar sus consejos conciliadores en Roma y en Florencia, que previno á Mr. Mercier en Madrid apoyase con todas sus fuerzas estos propósitos iniciados por el Duque de Valencia, y contrariados torpemente por las mismas influencias que ahora comprenden sin duda la ceguedad de su actitud.»

Por otra parte escribian á *El Diario de Barcelona*:

«Parece definitivamente resuelto que, durante la permanencia del Emperador en Biarritz, á últimos de Agosto, tendrán una entrevista, en territorio español, Isabel II y Napoleon III. Esta entrevista estaba proyectada mucho antes de subir al poder el Duque de Tetuan; pero créese que dependía de la caída del gabinete Narvaez. El general O'Donnell habia contraído con las Tullerías compromisos secretos relativos al reconocimiento del reino de Italia, y ya se ha visto cómo se ha apresurado á cumplirlos.»

efectos prevenidos por las leyes, y en fin, que la Corte saldria para Zarauz el 1.º de Agosto.

A pesar de estas seguridades, aun pasaron dias sin que publicase *La Gaceta* las más importantes resoluciones que se decian acordadas; y entre tanto, arreciaba la oposicion teocrática; menudeaban las protestas de los obispos alarmando á las conciencias, y los periódicos neo-católicos apuraban todos los medios imaginables para derrocar al Ministerio.

“¿Si será cierto? exclamaba *La Regeneracion*. Se cuenta que hoy, que en el mismo dia de Santiago, vá á ser firmado el reconocimiento del abominable robo llamado reino de Italia. No podemos creerlo. En el dia de Santiago no puede ser derrotada la causa católica en España. Los afrancesados necesitan elegir otro dia y otras circunstancias... Nosotros esperamos mucho de la proteccion del Santo apóstol... Más falta nos hacen hoy sus auxilios que en Clavijo y en el Salado. ¡Dios tenga compasion de nosotros!„

En efecto, aquel dia quedó firmado el temido reconocimiento, y los ministros comieron con la Reina, despues de lo cual los unionistas creyeron asegurado su triunfo, y descansaron sobre sus laureles. No por esto se dieron por vencidos los reaccionarios, ni los partidos avanzados cejaron un punto en su oposicion vigorosa. Rebeldes unos y otros á lo existente, no descansaban en su obra demoledora; y el Gobierno, sintiendo la necesidad de mostrarse fuerte, sin traspasar la ley, comenzó á sentar la mano á la prensa, que á menudo se desbordaba.

“El general O'Donnell, cuya teoría es, que el mejor medio de evitar la revolucion es no dar pretexto para ella (decia un bien informado corresponsal), está adquiriendo el derecho de tratarla con crueldad inexorable, por lo mismo que no la provoca, y lo hará.„

Faltaba saber lo que debia entenderse por revolucion; porque esta era el resultado fatal é ineludible del choque diario entre ideas, tendencias y aspiraciones diametralmente opuestas, exclusivas y de todo punto irreconciliables; y contra los efectos morales de estas fuerzas en continúa lucha nada podia el Gobierno. “A juzgar por la actitud de los partidos extremos (decia juiciosamente *La Epoca*), de la prensa radical, y de la superficie de la sociedad española, diríase que se ha obrado una transformacion en los sentimientos de nuestra patria, y que estamos en vísperas de una revolucion como la que acabó con la monarquía en Francia. Los partidos son solo dinásticos mientras están en el poder, y no piensan que el mal que

causan, cuando están en las oposiciones apasionadas, labra alternativamente en la nacion.,

Y no era esto, sin embargo, lo más grave, sino la pérdida de todo respeto, el desprestigio de toda autoridad, la relajacion de los vínculos sociales, á que contribuian por iguales partes los que, en nombre de la religion, combatian la libertad, y los que, invocando libertad, caminaban inconscientemente á la anarquía. El deber del Gobierno era contenerlos á todos; pero bastaba que lo intentase, para que unos y otros le apellidaran opresor y tirano. La tolerancia con cualquiera de ellos significaba para los otros impiedad ó apostasía. Para los absolutistas era revolucionario; para los liberales retrógrado; y en aquella refriega, los tiros que partian de ambos campos iban á herir á la Iglesia y á la Monarquía. La actitud de los obispos y del clero en general daba pié á que se les tratase con menosprecio de su dignidad, arastrando sus nombres por la candente arena de la política. “Sigan, sigan los señores obispos con sus pastorales dando ejemplo de sumision y respeto á las autoridades, decian los progresistas menos agresivos. ¡Y se nos habla de demagogia y terrorismo, cuando pululan entre nosotros los Marats de cogulla y mitra!,”

La persona de la Reina era objeto asimismo de encontrados ataques. Atribuíansele por los revolucionarios estas palabras:—“Si hubiese sabido esto, no habria llamado al general O'Donnell. Para seguir esa política, era preferible el general Espartero.,” Y el propietario de *La Regeneracion* escribia á este periódico desde Vitoria:

“Jamás ministerio alguno ha logrado inspirar mayor desconfianza ni tan justa aversion, y de esto habrán de convencerse en el próximo viaje de la Corte.—Como no sea el entusiasmo *oficial*, no habrá otro, á no ser que la Corte venga sin el Ministerio. En esta se dice de público, que el Gobernador hace esfuerzos sobrehumanos *para allegar gente que dé vivas*, y hasta ahora solo ha podido enganchar algunos, muy pocos, *pagándoles á treinta reales diarios.*,”

Dábase gran importancia política al viaje de la Corte á las provincias Vascongadas, y con anticipacion acudieron á aquel país multitud de personajes de todos los partidos, y especialmente del absolutista ó neo-católico: tambien concurrieron bastantes progresistas y algunos demócratas. En un mismo día entró en España el general PRIM, de regreso del extranjero, y partió de Madrid para Zarauz D. Pascual Madoz, deteniéndose en Vico, donde se reunieron ambos amigos para conferenciar con el Sr. Olózaga. Madoz continuó la marcha á Zarauz, con el objeto de disponer

convenientemente su casa para hospedar en ella al Presidente del Consejo de Ministros, y PRIM vino á Madrid y se presentó en seguida al general O'Donnell, con quien tuvo una larga conferencia.

Los periódicos ministeriales suscitaron al punto la cuestion del retraimiento, como queriendo provocar explicaciones acerca de la actitud que pensaba seguir en este asunto el Marqués de los Castillejos. Segun *La Epoca*, en los círculos amigos de la situacion se abrigaba la conviccion de que los Sres. Rivero, Figueras, Madoz, Lopez Grado y otros hombres conocidos de los partidos progresista y democrático saldrian electos diputados en las próximas elecciones; pero *La Iberia* declaraba que no habia llegado aun el momento oportuno de ocuparse de aquella cuestion.

Hablábase tambien de la probabilidad de un cambio de Gabinete; y negándolo algunos, añadian sin embargo que, si por evento el ministerio O'Donnell cayese antes de fines del año, solo podria sucederle un ministerio PRIM, Cortina, ó una situacion simbolizada por el Duque de la Victoria.

Todo esto no era más que tantear el vado, y ver el modo de atraer á los progresistas y demócratas al terreno de la lucha legal; pero unido á ciertas indicaciones hechas por el Duque de Tetuan á varios ex-diputados de aquellas parcialidades, suscitó desconfianzas y recelos, sobre todo en el seno del partido democrático, cuyo comité central ya de antes se hallaba dividido en dos tendencias á fusionarse ó no con el progresista. Los contrarios de la fusion explicaron su conducta, manifestando las razones por que, desde el 7 de Abril, se habian separado del Comité, y poco despues se publicó una enérgica protesta contra los que habian puesto (decian) al partido democrático á las órdenes de Don JUAN PRIM, á quien se llamaba desautorizado. Hablaban los periódicos de resellados de O'Donnell, y resellados del progreso, dando lugar á que Rivero y Figueras contestaran creyéndose aludidos. “No tema usted, señor director de *La Democracia*, que me reselle, decia Figueras. Vuelva usted la vista á otra parte, y procure que, con motivos más ó menos especiosos, no se subordine la accion de nuestro partido á los intereses y conveniencias de otro, que, aun cuando sea liberal, puede en momentos dados, *que quizá no estén lejanos*, dirigir sus fuerzas, como lo ha hecho otras veces, á combatir al que nosotros pertenecemos.”

Rivero rechazaba enérgicamente, como suposiciones absurdas, las especies vertidas acerca de sus alianzas con los unionistas, y añadía:—“Mi lema bien lo conocen todos: *guerra sin tregua á los partidos medios ó doctrinarios*, á todos *sin distin*

cion: y si circunstancias críticas nos llevan con alguno á contraer una coalicion contra el enemigo comun, que nuestra bandera vaya delante y desplegada, protestando así contra esas locas tentativas de absorber á la democracia, con que sueñan algunos ilusos.,

Al mismo tiempo que estas comunicaciones, publicaba el periódico de Castelar un artículo titulado: *La gran traicion del Conde Mirabeau*, en el que se aludia claramente á los demócratas acusados de ambiciosos, de haber pactado con O'Donnell y de mostrarse propensos á quebrantar el retraimiento, apostrofándoles de esta manera:

“¿Es posible que haya hombres que dia y noche han luchado desesperada y heroicamente por la libertad; es posible que esos hombres, modelos de energía, de constancia y de patriotismo, fluctuen en estos momentos supremos entre negar á la reaccion el agua y el fuego, ó ayudarle en sus intentos exterminadores? ¿Es posible que el deseo fútil de satisfacer su amor propio de hombres públicos les ciegue hasta el punto de que, sin querer hacer traicion á la democracia, se conviertan en satélites de la reaccion?.,

El Comité central democrático se creyó tambien obligado á explicar su conducta, y los dimitentes del mismo volvieron á la carga, revelando entre todos que existian profundas disidencias, rivalidades y miserias en el seno de su partido; pero conviniendo todos en que era necesario darle unidad y poner término á la discordia, efecto, segun ellos, de las debilidades y pretensiones personales. No podian desconocer, sin embargo, que les dividian diferencias esenciales de principios, cuando se esforzaban por hallar una fórmula comun que sirviera, no sólo de centro á todas las aspiraciones de la democracia, sino tambien de lazo con los demás partidos. Sus tres periódicos representaban, en realidad, tres tendencias diferentes, y en sus masas desorientadas habia individualistas, socialistas, comunistas y anarquistas.

La política seguida por el Gabinete O'Donnell, y la creencia de que este habia jurado lo mismo que prometiera derribar, contribuian mucho á la descomposicion del partido democrático y á las vacilaciones de los progresistas; porque no podia, en justicia, tacharse de reaccionario á aquel Ministerio por sus actos, ni estaban olvidadas las palabras de *El Diario Español* prometiendo que los unionistas en el poder no se detendrian hasta llegar al término señalado, como el punto en que todos habian de confundirse en una idea comun; y mientras unos, halagados por la esperanza, creian preferible transigir con la situacion, y hasta ridiculizaban el retrai-

miento como un recurso inútil, otros, más suspicaces, intolerantes ó desengañados, desconfiaban de su propia sombra, y rechazaban como un lazo tendido á su buena fé la más remota idea de transaccion con el unionismo.

El general O'Donnell y sus amigos podian congratularse de haber hecho en un mes, con habilidad, más que otros en un año, con la fuerza, para enfrenar la revolucion; y era porque, iniciados en sus secretos, conociendo á fondo los elementos revolucionarios y su organizacion, tenían los medios de hacerse temer, introduciendo en sus huestes el desaliento; al paso que, halagando á unos y atrayendo á otros, suscitaban los ódios y las iras de los intransigentes, que, sin pensarlo ni quererlo, se convertian en instrumentos poderosos de division, llevando á todas partes entre sus amigos y aliados el terror, la desconfianza y las sospechas.

### III.

La Corte estaba en Zarauz desde principios de Agosto, y todo parecia indicar que en aquella apacible residencia de verano iban á darse la batalla las dos tendencias, liberal y reaccionaria, que se disputaban el triunfo, conspirando á la vez contra el Ministerio. Los primeros dias se pasaron tranquilos y serenos, sin que alterase aquel reposo ni aun el rumor de algunos conatos de insurrecciones carlistas, que simultáneamente se intentaron en varios puntos de la Península: por el contrario, las falanges clericales se mostraron sosegadas y hasta complacientes con el Gobierno, accediendo á no poner obstáculos á la desamortizacion, de mucho antes concordada con la Santa Sede. Pero de pronto apareció turbada la serenidad del horizonte político: las inmediaciones de Zarauz se poblaron de personajes moderados y absolutistas, y al lado de la Reina se presentó su secretario particular, Don Miguel Tenorio, que por adicto á ellos habia sido separado de la Corte. Casi al mismo tiempo llegó de Francia la reina Cristina, alentando con su presencia las esperanzas de algunos progresistas, y produciendo todo ello grande alarma en el campo de los ministeriales.

“Momentos solemnes,, llamó á aquellos un periódico progresista, relatando los esfuerzos que habia hecho la reaccion desde la subida al poder del Gabinete O'Donnell, y refiriendo la agitacion producida por la súbita llegada á Zarauz de personas

influyentes muy de antiguo y enemigas de la situacion; las largas conferencias que acababan de celebrar los ministros allí residentes; las repetidas comunicaciones telegráficas con Madrid, en donde se hallaba el Duque de Tetuan; el anuncio de su vuelta repentina, sin que coincidiese con el regreso del Rey consorte, que tambien estaba en la capital por causa de la enfermedad de su padre que le llevó al sepulcro; y ponderando, en fin, las mil poderosas intrigas que en una y otra parte se cruzaban.—“Abra el Gobierno los ojos, decia, si aun es tiempo, que bien pudiera no serlo, y considere que los hombres de la reaccion han cubierto de rosas la boca del abismo, á cuya profundidad le empujan.—Nosotros damos la voz de ALERTA, cumpliendo como buenos y leales. Que el país no se duerma, que no vacile, que esté preparado para todo, y entonces, aunque los partidarios del absolutismo esca- len el poder, quitándose la máscara y arrojando el guante, no conseguirán arrancarnos las preciosas conquistas de la revolucion.—¡Que no se olvide que las circunstancias son gravísimas, y que el temporal arrecia *por momentos.*”

No menos alarmados se mostraban los diarios unionistas con la reaparicion en la Corte del secretario de la estampilla, como si este sujeto, por respetable que fuese, debiera tener influencia alguna en la marcha política de un país regido constitucionalmente; pero sin duda se le daba tamaña importancia, puesto que uno de los periódicos reaccionarios publicó, á guisa de artículo de fondo y en gruesos caracteres, un suelto que decia simplemente: “EL MINISTERIO SE VA.”

Mayor inquietud aun causaba á los ministeriales la llegada á Zarauz de la reina Cristina, suponiendo que esta señora pudiese inclinar el ánimo de su hija hacia el llamamiento del partido progresista. No pasaba esto de ser una suposicion, porque ni aquel partido debia aceptar el poder que se le ofreciese por resultado de una intriga, ni la Reina madre podia querer otra cosa que verle en posicion de alcanzarlo por el único medio legítimo y digno de las vias parlamentarias. Motivos no faltaban, sin embargo, á los unionistas para estar recelosos, y más viendo las alharacas de algunos progresistas, que ya creian tener el Gobierno en las manos.

Lo que sin duda anhelaba la reina Cristina era conjurar la tormenta revolucionaria, contrariando las influencias perniciosas de las camarillas reaccionarias, y atrayendo á los progresistas al terreno legal. En este sentido parece cierto que le ayudaban el Duque de la Victoria, Madoz y acaso el general PRIM, ó por lo menos se contaba con ellos, y en igual concepto correspondia á los unionistas prestarle el más eficaz apoyo. Pero temian verse lanzados del poder. A *La Nacion* le escribian

de Zarauz, con fecha 14 de Agosto: "Dícese que la antigua Gobernadora se expresa en sentido un tanto liberal, y no falta quien asegura que el nombre del ilustre Duque de la Victoria habria salido de sus lábios, como garantía que podria ofrecerse en la gobernacion del Estado á la opinion liberal, fuerte y enérgicamente pronunciada á favor de nuestro partido. Ciertó que doña María Cristina tiene sobrado talento para conocer los difíciles tiempos que atravesamos; pero no hay que contar demasiado con un arranque patriótico exigido por las circunstancias, que tal vez se traduzca en *hecho* cuando solo pueda decirse: *Il est trop tard.*"

En Zarauz y en San Sebastian no cesaba de hablarse de crisis ministerial, suponiendo unos que seria llamado el general Lersundi, y otros que el Duque de la Victoria; y como circulasen voces en dicha ciudad confirmando lo segundo, la gente de la marina prorumpió en vivas á Espartero y á PRIM, cantando á la vez el himno de Riego.

Estas noticias llegaban á Madrid abultadas, y los periódicos se daban ya á publicar candidaturas ministeriales, en las que figuraban los nombres de Espartero, PRIM, Madoz, Sagasta y otros conocidos progresistas. Entre los diarios de este partido se suscitaron al punto polémicas curiosas. *La Nacion*, sin dar el menor crédito á las combinaciones ministeriales que se anunciaban, y colocándose en la actitud más digna que las circunstancias exigian, rompió el silencio que hasta entonces se habia propuesto guardar sobre la cuestion de retraimiento, y proclamó la necesidad de acudir á las urnas para conquistar el poder con el apoyo de la opinion pública. En el artículo que, acerca de esto, publicó el dia 15, decia:

"El retraimiento, desde el primer dia en que se adoptó, traia consigo la ineludible condicion de que el partido progresista no pudiese apartarse de él, sino subiendo al poder por uno ó por otro medio, ó prestando cierto prestigio al Ministerio conservador bajo cuyo mando se saliese de esta actitud. Se presenta la ocasion en que puede salirse de él sin este último peligro, dado caso que lo fuera; en que haciéndose por un Ministerio ventajosas concesiones al partido, casi todas las que exigiera en el terreno electoral, no era el progresismo el que concedia prestigio á ese Ministerio, sino el Ministerio quien nos lo daba, perdiéndole, rindiéndose ante nosotros y accediendo á nuestras reclamaciones...."

"No deben obstinarse los partidos de gobierno como el nuestro en seguir una política revolucionaria á todo trance: la revolucion no nos asusta; mas, como medida extrema y no provocada por nosotros, nuestra mayor fuerza estriba en que se

sepa que hemos trabajado hasta el último punto para impedir-la; porque así tendremos de nuestra parte, en su día, á la sociedad entera, y porque al exigirnos estrecha cuenta la nación, de la cual no debemos olvidarnos al ser progresistas, de la parte de fuerza que ha depositado en nuestras manos, quedará satisfecha de la gestión de nuestro encargo...»

Los demás periódicos progresistas de Madrid insistieron entonces en sus declaraciones á favor del retraimiento, repitiendo el mote de guerra: *Todo ó nada*. Los de provincias aparecieron divididos.

Entre tanto *La Iberia*, con notable inconsecuencia y falta de tacto político; *La Iberia*, en cuyas columnas aparecían á la sazón nuevas cartas *crístinas* del poco antes proscrito don José María Díaz, escandalizaba á propios y extraños con un artículo, en el que se leían estos párrafos.

“Si un ministerio así se formase (un ministerio Espartero, PRIM, etc.), y se aceptase por el poder, que, dadas las condiciones de sus individuos, no lo harían sin tener la seguridad de que podrían desarrollar todos los principios progresistas, responder á los antecedentes del partido, y cumplir todas las promesas de la oposición, ¡qué otra sería la vuelta de la Corte á Madrid! ; Entonces sí que no se necesitaría pagar gente á treinta reales para que vitorease á la Real familia! ; Entonces sí que no se necesitarían grandes gastos de los ayuntamientos para cubrir con el ramaje y las colgaduras de los arcos artificiales la indiferencia del público! *Entonces, por donde quiera que la Reina pasase con el nuevo Ministerio, acudiría la gente á demostrarle su entusiasmo*, á vitorearla, á demostrar el júbilo general, y tendría una ovación como no la ha tenido desde los primeros tiempos de su reinado..»

Hablando luego de los que verían con malos ojos la formación de un ministerio progresista llamado por la Reina, decía:

“Estas gentes, para quienes sería un mal, para quienes sería la pérdida de toda esperanza, la subida del partido progresista al poder, han de trabajar para que el partido progresista no salga de su proscripción. A ellos no les conviene que salga, aunque á la Reina le convendría mucho, y por eso trabajan para que siga proscrito, lo que demuestra que la guerra que nos hacen se la hacen también á la Reina; que ellos son los verdaderos antidinásticos, y que quien tenga en España un resto de cariño al trono, á la dinastía ó á la persona de la Reina, debe hacerles una guerra sin cuartel..»

A todo el mundo chocó un lenguaje tan inconveniente; una manera tan franca

y poco delicada de pedir el poder; un desenfado tan impropio del periódico que pasaba por el más adicto al general Espartero, y toda la prensa entró en discusión con él, quién censurando sus debilidades, quién invitándole á que explicase su dinastismo. *La Iberia* contestó en estos términos:

“Nosotros creemos que, en la época actual, para las razas latinas es una necesidad la monarquía, y que por eso en Francia, en Italia y en Portugal, las revoluciones lo han derribado todo excepto el trono, que se habrá podido eclipsar en algunos momentos, pero que ha sobrevivido á todas las tempestades políticas.

“Nosotros creemos que no deben mirarse las personas, sino los principios; y que aceptados los de la monarquía y los de que el rey reina y no gobierna, es de todo punto indiferente para el país que ocupe el trono una ú otra persona, con tal que observe siempre fielmente la Constitución y respete la soberanía nacional, *siendo preferible aquella que tenga la tradicion de su parte, y que presente al oficio de reinar derechos adquiridos*: que en todo pueblo donde se sostiene el principio de la soberanía nacional, y hay una Constitución como la española, los reyes son inviolables por la Constitución, y que si la atacasen, atacarían su propia inviolabilidad: que no hay salvación para este país, sino subiendo al poder un ministerio francamente liberal, ó sea un ministerio francamente revolucionario...: que no tenían fundamento los rumores esparcidos estos días acaso por los ministeriales con objeto de tendernos un lazo: que la Reina sería muy aplaudida si, rompiendo con la camarilla que la rodea, se pusiese al frente de un ministerio francamente liberal..., y estamos persuadidos de que, si subiera el partido progresista de la noche á la mañana al poder, muchos de los que hoy nos censuran acudirían á las oficinas á mostrar un entusiasmo de que nos acusan sin razón, y que nunca sentiremos.,”

*La Iberia* se habia colocado en una falsa posición, y pretendia sostenerse en ella con equilibrios y juegos de balancin, cuando más que nunca se necesitaba caminar de frente y á pié firme por una senda franca y despejada: ó romper de una vez con la democracia republicana, para ocupar, dentro de la monarquía constitucional, el único puesto que al partido progresista correspondia, ó aceptar la revolución democrática con todas sus consecuencias y sin reservas mentales. Tremolar un día y otro el lema intransigente y soberbio de *ó todo, ó nada*; encerrarse obstinadamente en la política de retraimiento; pactar alianzas con los enemigos irreconciliables de la monarquía y de la dinastía; y, sin embargo, proclamarse monárquicos y enderezar memoriales á Palacio solicitando el poder, con frases desatentas y depresivas